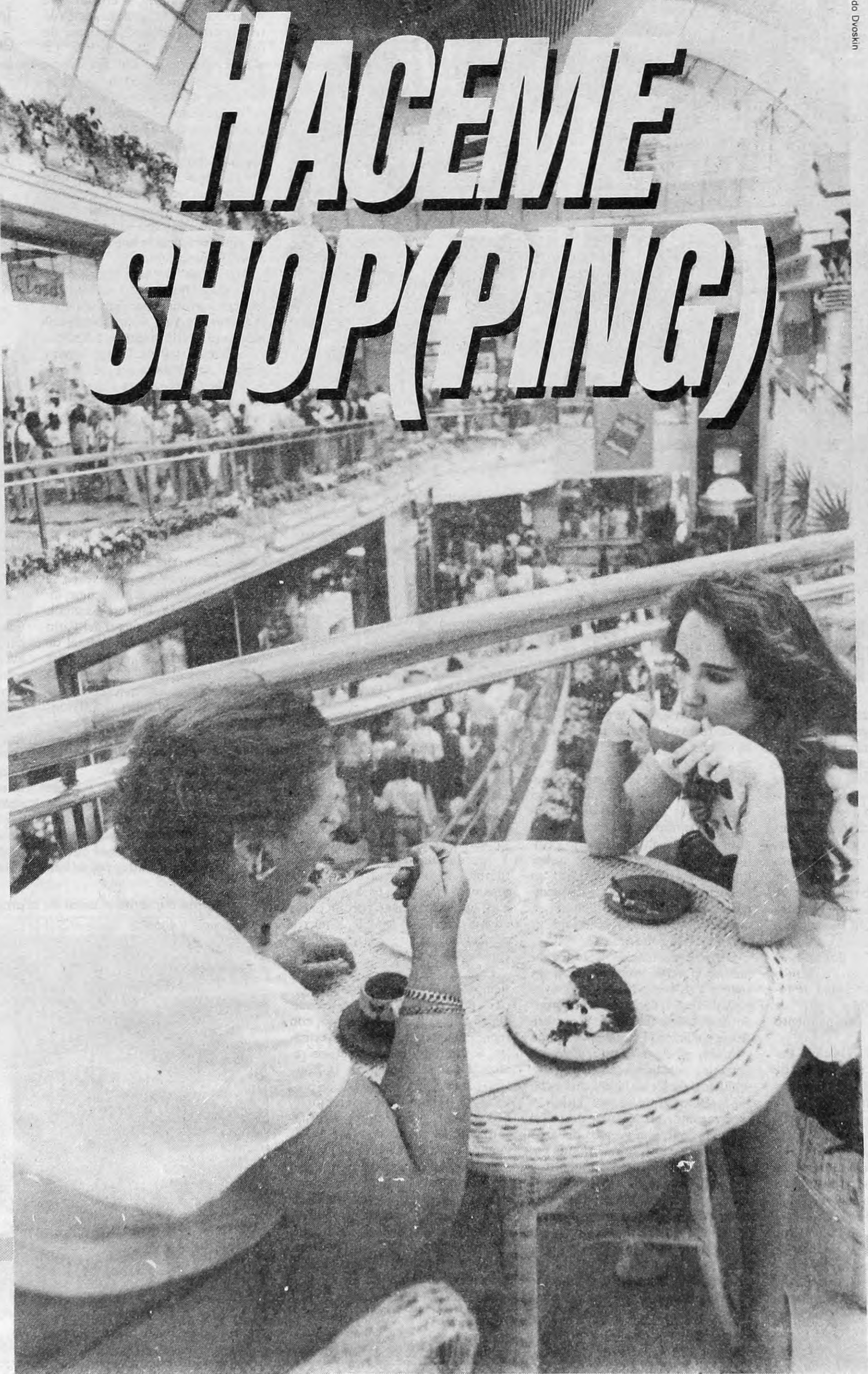
METROPOLIS

SUPLEMENTO DE **Página/12**

Año 1 - Nº 1

Jueves, 10 de enero de 1991

HACEME SHOP(PING)



Fernando Dvoskin

En un principio destinados a descongestionar los centros urbanos, los shoppings llegaron a Buenos Aires a fines de los ochenta, con décadas de atraso y el remozado fin de convertirse en grandes plazas de consumo. Su ubicación en puntos con alta densidad de población —Retiro, Balvanera, Palermo y Liniers— les habría obsequiado la conflictividad de retoño de abuela si no se hubieran detectado las ventajas que acompañan a tal concentración de bienes, servicios y sus respectivos maquillajes: el aumento de las propiedades circundantes entre un quince y un veinte por ciento, el beneficio de otros comercios de las zonas y la incorporación de un paseo nuevo y gratuito, ya que no más de quince visitantes por cada centenar consume, y de ellos el setenta por ciento difiere la exhibición de metálico con su tarjeta de crédito. Pero nada impide que casi cuatro millones de porteños abarroten a lo largo del mes los pasillos de los shoppings para repararse del bochorno estival en el aire acondicionado, probarse ropa, pensar en muebles nuevos, entretener a los niños en las calesitas, hacer las compras de supermercado y tomar algo.

UN CONSUMIDOR

Sólo en la ciudad de Buenos Aires hay cuatro. Comenzaron a aparecer a finales de los '80 y más que cambiar las costumbres de consumo inauguraron la actividad de "dar una vuelta por el shopping". Son un fenómeno urbano de respetable costo —entre 15 y 45 millones de dólares— cuya recuperación no tarda menos de diez años, si la economía quiere.

Rafael Calviño



Antes y después: no es Charles Atlas sino el Patio Bullrich.

Del ganado a la moda y la decoración, respetando los estilos.

El hombre, sexagenario, llegó con su madre, octogenaria, a esa ciudad superpoblada en que se convierte el shopping center los fines de semana, aunque a la actividad de compras propiamente dicha no se dedique más que el doce o el quince por ciento de los visitantes. Bebieron té, se animaron a los pasillos y a las escaleras mecánicas, se cruzaron de bazares a mueblerías, de negocios de ropa para hombres a ópticas, de librerías a casas de deportes. La madre octogenaria dijo que quería probar el ascensor de cristales y rumbo al primer piso la dejó de ver el hijo sexagenario. Recorrió la planta superior de punta a punta y, en vano, volvió a bajar para confundir a muchas señoras con su progenitora. Finalmente se rindió ante una amable azafata uniformada con los colores del shopping —"se me perdió mamá", admitió—, quien logró un feliz reencuentro ante el escritorio de Informaciones.

Atractivos, esforzados por ser completos, funcionales y seguros, los shopings aparecieron tardiamente en Buenos Aires —cuatro hasta el momento: Patio Bullrich, Spinetto, Alto Palermo y Plaza Liniers— para negar el propósito que les dio origen en los años de posguerra y en Estados Unidos que era descongestionar los centros urbanos a la vez que se respondía a las demandas de una población creciente. Pueden perfeccionar los problemas de tránsito de la avenida Santa Fe o el núcleo de transferencia de Liniers, porque su fin es suceder a la plaza mayor, convertirse en la etapa superior de las arterias comerciales o las galerías. "El shopping es una gran plaza de comercio donde la gente va a pasear, se muestra, toma un drink, come un helado", ilustra Thérese Kendall, francesa y geranta general del Patio Bullrich, a cargo de un plantel de quinientas personas que ven desfilar a otras trescientas mil los meses más regulares allí donde en 1921 pasaba la hacienda de las cabañas Sittyton, de Duggan, y Miraflores, de Ramos Mejía y Bengolea, a la espera de escuchar el "¡vendido!" del rematador Eduardo Bullrich.

Los veinticuatro mil metros cuadrados de área construida según el proyecto del arquitecto Juan Carlos López respetan bastantes de los rasgos del patio original diseñado por el inglés Waldorp, el mismo de la estación de Retiro. Y la música —clásica o jazz— como los colores predominantes —bordeaux, verde inglés, bronce— evitan las disonancias en un lugar que fue "de encuentro con lo mejor del Buenos Aires de ayer", según advierte la publicidad, que agrega: "Hoy vuelve a serlo". Especializados en moda, decoración y arte, los cien locales instalados —cuyas ventas mensuales van desde los 20.000 hasta los 120.000 dólares— portan apellidos que evidentemente van al encuentro del barrio, y el conjunto recibió el año pasado el premio mayor del International Council of Shopping Center estadounidense.

También un edificio viejo —más viejo incluso: el Mercado Ciudad de Buenos Aires fue inaugurado en 1894— reciclado, el shopping Spinetto presenta la radical diferencia de un supermercado como centro de su planta baja. Es el que inunda el barrio de Balvanera de bolsitas con su logo, mucho más frecuentes que las de sus ciento veinte locales distribuidos en dos plantas que suman

Alto Palermo aumentó el valor de la propiedad.

Calle propia y entrada desde el Subte D, pero también mil cocheras.

Fernando Dvoskin



Madurados a fomento

La palabra vecino tuvo un destino cruel. Largamente emparentada con la chismografía, chistidos a medianoche, cartelitos en ascensores y otros hábitos igualmente insidiosos de los miembros de los consorcios, comienza a recuperar, al fin de la centuria, un dejo de su estirpe original. Democráticamente, cualquiera puede ser vecino. Ahora bien, si los vecinos son menos de cien, tienen por debajo de los 22 años que fija la administración para la plenitud de la razón o aspiran a homenajear con el nombre a un cadáver que no supera los dos años de enfriamiento, no podrán constituirse, por ejemplo, en sociedad de fomento, verdadera alma máter de cualquier forma de agrupamiento barrial.

Estas pioneras, dice Gustavo Peters, director general de Sistemas de Participación e Instituciones Intermedias de la Municipalidad de Buenos Aires, "existen desde principios de siglo pero tuvieron un corte hacia los sesenta, cuando languidecieron y quedaron en ellas solamente los viejos. Ahora, con la explosión de la temática de lo social, vuelven a aparecer". Jorge Omar Bouvier, presidente de Amigos de Villa Luro, coincide en parte con esa visión: "Es que el perfil de los barrios ha cambiado. Cuestiones como el parquizado o el alumbrado, que antes eran peleadas por los vecinos a pulmón, hoy se resuelven en otros marcos". De todas formas, Bouvier se enorgullece de que Amigos de Villa Luro sea una mosca blanca en ese paisaje de declinación y, por lo mismo, se le haya encargado presidir, en 1988, el Congreso de Sociedades de Fomento. "El leitmotiv para nosotros sigue siendo el bien comunitario y edilicio del barrio y creemos haber logrado objetivos importantes: un polideportivo con pileta y dos gimnasios cubiertos y dos bibliotecas, una de ellas para no videntes que es la única en la zona oeste."

Otras experiencias de agrupamiento barrial, más flexibles en cuanto a su composición, objetivos y normativa, reconocen haber surgido, con diversa fortuna, a la sombra de esa tradición. La más publicitada y exitosa es, de momento, Palermo Sensible, nacida un poco por casualidad durante las inundaciones de 1985. El nombre, entre kitsch y extravagante, nuclea una dotación habitual de treinta vecinos del área comprendida entre las calles Santa Fe, Córdoba, Agüero y Scalabrini Ortiz, que se fijaron como objetivo "estimular y destrabar los mecanismos de participación, que en nuestra cultura estaban casi desaparecidos", según explica Ernesto Golomb, que hace de su casa sede transitoria ya que Palermo Sensible no tiene local ni aspira a ello. En una práctica de reminiscencias atenienses "nos reunimos los miércoles en la plaza de Charcas y Bulnes —cuenta Golomb— para charlar y cambiar impresiones. Este lugar, con el éxodo de los psicólogos por el precio de los alquileres, dejó de ser Villa Freud y se había despersonalizado. Ahora, los vecinos que hace seis años ni se saludaban empiezan a reconocerse. Y hemos vuelto a las viejas costumbres de los barrios, como poner una mesa en la calle para las fiestas. Hay que reculturizar porque había un individualismo terrible, la microcomunidad que vive aquí tiene que recuperar otros valores".

Pero la convivencia ciudadana no siempre logra aunar voluntades. Hace escasas semanas, unas doscientas almas afincadas en San Telmo, con representación de 15 centros vecinales, acudieron a la convocatoria realizada por el Consejo de la Zona Uno para debatir en torno de un proyecto de remodelación y mejoras. Los cuarenta oradores que se turnaron ante el micrófono no consiguieron sacar de la confusión al personal que, en ciertos casos, hizo gala de un maximalismo pertinaz sugiriendo "derogar todo y no sancionar nada", mientras que en otros se recostó en el reduccionismo histórico para recordar que "en San Telmo nació el país porque estaba el puerto. No podemos decidir su futuro sólo los porteños, debe hacerlo la Nación".

UN CONSUMIDOR AHI

Rafael Calviño



Antes y después: no es Charles Atlas sino el Patio Bullrich.

Del ganado a la moda y la decoración, respetando los estilos.

El hombre, sexagenario, llegó con su madre, octogenaria, a esa ciudad superpoblada en que se convierte el shopping center los fines de semana, aunque a la actividad de compras propiamente dicha no se dedique más que el doce o el quince por ciento de los visitantes. Bebieron té, se animaron a los pasillos y a las escaleras mecánicas, se cruzaron de bazares a mueblerías, de negocios de ropa para hombres a ópticas, de librerías a casas de deportes. La madre octogenaria dijo que quería probar el ascensor de cristales y rumbo al primer piso la dejó de ver el hijo sexagenario. Recorrió la planta superior de punta a punta y, en vano, volvió a bajar para confundir a muchas señoras con su progenitora. Finalmente se rindió ante una amable azafata uniformada con los colores del shopping —"se me perdió mamá", admitió—, quien logró un feliz reencuentro ante el escritorio de Informaciones.

Sólo en la ciudad de Buenos Aires hay cuatro. Comenzaron a aparecer a finales de los '80 y más que cambiar las costumbres de consumo inauguraron la actividad de "dar una vuelta por el shopping". Son un fenómeno urbano de respetable costo —entre 15 y 45 millones de dólares— cuya recuperación no tarda menos de diez años, si la economía quiere.

Atractivos, esforzados por ser completos, funcionales y seguros, los shopings aparecieron tardíamente en Buenos Aires —cuatro hasta el momento: Patio Bullrich, Spinetto, Alto Palermo y Plaza Liniers— para negar el propósito que les dio origen en los años de posguerra y en Estados Unidos que era descongestionar los centros urbanos a la vez que se respondía a las demandas de una población creciente. Pueden perfeccionar los problemas de tránsito de la avenida Santa Fe o el núcleo de transferencia de Liniers, porque su fin es suceder a la plaza mayor, convertirse en la etapa superior de las arterias comerciales o las galerías. "El shopping es una gran plaza de comercio donde la gente va a pasear, se muestra, toma un drink, come un helado", ilustra Thérese Kendall, francesa y geranta general del Patio Bullrich, a cargo de un plantel de quinientas personas que ven desfilar a otras trescientas mil los meses más regulares allí donde en 1921 pasaba la hacienda de las cabañas Sittyton, de Duggan, y Miraflores, de Ramos Mejía y Bengolea, a la espera de escuchar el "¡vendido!" del rematador Eduardo Bullrich.

Los veinticuatro mil metros cuadrados de área construida según el proyecto del arquitecto Juan Carlos López respetan bastantes de los rasgos del patio original diseñado por el inglés Waldorp, el mismo de la estación de Retiro. Y la música —clásica o jazz— como los colores predominantes —bordeaux, verde inglés, bronce— evitan las disonancias en un lugar que fue "de encuentro con lo mejor del Buenos Aires de ayer", según advierte la publicidad, que agrega: "Hoy vuelve a serlo". Especializados en moda, decoración y arte, los cien locales instalados —cuyas ventas mensuales van desde los 20.000 hasta los 120.000 dólares— portan apellidos que evidentemente van al encuentro del barrio, y el conjunto recibió el año pasado el premio mayor del International Council of Shopping Center estadounidense.

También un edificio viejo —más viejo incluso: el Mercado Ciudad de Buenos Aires fue inaugurado en 1894— reciclado, el shopping Spinetto presenta la radical diferencia de un supermercado como centro de su planta baja. Es el que inunda el barrio de Balvanera de bolsitas con su logo, mucho más frecuentes que las de sus ciento veinte locales distribuidos en dos plantas que suman 45.000 metros cuadrados. Interterra, empresa que con la Cooperativa El Hogar Obrero encaró la refuncionalización del edificio hace dos años, no se asustó entonces por la recesión: el desarrollista urbano Jorge Bernstein señaló que "no hay que confundir gordura con hinchazón, porque en manifestaciones comerciales estamos un poco retrasados y una ciudad como Buenos Aires necesita de estos monstruos". No parecen pensar en recoger esas palabras porque en marzo próximo van a inaugurar un anexo de ocho mil metros cuadrados que se conectará sobre la calle Matheu con un puente peatonal.

Otro mercado, el de Frutos y Hortalizas, se convirtió en el Plaza Liniers Shopping Center, y si la empresa Otto Garde eligió el oeste para invertir quince millones de dólares fue por considerar que, "por definición, un centro de consumo es popular, y por esta zona transita diariamente medio millón de personas", en palabras del director Eduardo Meilij. "Nuestra idea era hacer un shopping para todos: aquí se puede conseguir una remera por cuarenta mil australes o comer una parrillada por veinte mil, porque las casi noventa empresas que alquilaron los ciento veinte locales son a su vez productores que llegan directamente al consumidor, lo que permite ventajas en los precios sin pérdida de calidad." Inaugurado a fines de noviembre pasado, el centro acomodó en los veinte mil metros cuadrados de sus tres niveles a más de un millón de personas durante diciembre, "un mes atípico —se apresura a aclarar el encargado del área comercial, Mario Brandy— por la apertura y por las fiestas".

Estimaciones de público notables aunque aún por asentarse comparte Alto Palermo, que en la última quincena de octubre —excepcional por inauguración y Día de la Madre— visitaron más de un millón de personas, de las que consumieron 230.000; en noviembre, 1.700.000 paseantes incluidos 400.000 compradores que ascendieron a 2.500.000 y casi 700.000, respectivamente, en diciembre. "Apuntamos a dos tipos de público —distingue la gerente comercial Alicia Moszkowski—: los que están acostumbrados a los negocios más exclusivos y los que prefieren los comercios destinados a la clase media, en todos sus niveles". Eso se refleja también en los accesos a Alto Palermo, que pueden ser en auto —posee mil cocheras—, por la línea D de subterráneos, que tiene una conexión directa al shopping o a través de Arenales, especialmente abierta entre Coronel Díaz y Bulnes, por su propio pie. "Nos gustaría que en pocos meses el shopping se convierta en un hito de la ciudad", agrega Moszkowski, que sintetiza la aspiración de estos complejos: "Se trata de algo que va mucho más allá del consumo. Es un punto de referencia de la ciudad".

Fernando Dvoskin

Quinientas mil personas por día cruzan el nudo de Liniers, potenciales consumidores.

Alto Palermo aumentó el valor de la propiedad.

Calle propia y entrada desde el Subte D, pero también mil cocheras.



Fernando Dvoskin

Madurados a fomento

La palabra vecino tuvo un destino cruel. Largamente emparentada con la chismografía, chistidos a medianoche, cartelitos en ascensores y otros hábitos igualmente insidiosos de los miembros de los consorcios, comienza a recuperar, al fin de la centuria, un dejo de su estirpe original. Democráticamente, cualquiera puede ser vecino. Ahora bien, si los vecinos son menos de cien, tienen por debajo de los 22 años que fija la administración para la plenitud de la razón o aspiran a homenajear con el nombre a un cadáver que no supera los dos años de enfriamiento, no podrán constituirse, por ejemplo, en sociedad de fomento, verdadera alma máter de cualquier forma de agrupamiento barrial.

Estas pioneras, dice Gustavo Peters, director general de Sistemas de Participación e Instituciones Intermedias de la Municipalidad de Buenos Aires, "existen desde principios de siglo pero tuvieron un corte hacia los sesenta, cuando languidecieron y quedaron en ellas solamente los viejos. Ahora, con la explosión de la temática de lo social, vuelven a aparecer". Jorge Omar Bouvier, presidente de Amigos de Villa Luro, coincide en parte con esa visión: "Es que el perfil de los barrios ha cambiado. Cuestiones como el parquizado o el alumbrado, que antes eran peleadas por los vecinos a pulmón, hoy se resuelven en otros marcos". De todas formas, Bouvier se enorgullece de que Amigos de Villa Luro sea una mosca blanca en ese paisaje de declinación y, por lo mismo, se le haya encargado presidir, en 1988, el Congreso de Sociedades de Fomento. "El leitmotiv para nosotros sigue siendo el bien comunitario y edilicio del barrio y creemos haber logrado objetivos importantes: un polideportivo con pileta y dos gimnasios cubiertos y dos bibliotecas, una de ellas para no videntes que es la única en la zona oeste."

Otras experiencias de agrupamiento barrial, más flexibles en cuanto a su composición, objetivos y normativa, reconocen haber surgido, con diversa fortuna, a la sombra de esa tradición. La más publicitada y exitosa es, de momento, Palermo Sensible, nacida un poco por casualidad durante las inundaciones de 1985. El nombre, entre kitsch y extravagante, nuclea una dotación habitual de treinta vecinos del área comprendida entre las calles Santa Fe, Córdoba, Agüero y Scalabrini Ortiz, que se fijaron como objetivo "estimular y destrabar los mecanismos de participación, que en nuestra cultura estaban casi desaparecidos", según explica Ernesto Golomb, que hace de su casa sede transitoria ya que Palermo Sensible no tiene local ni aspira a ello. En una práctica de reminiscencias atenienses "nos reunimos los miércoles en la plaza de Charcas y Bulnes —cuenta Golomb— para charlar y cambiar impresiones. Este lugar, con el éxodo de los psicólogos por el precio de los alquileres, dejó de ser Villa Freud y se había despersonalizado. Ahora, los vecinos que hace seis años ni se saludaban empiezan a reconocerse. Y hemos vuelto a las viejas costumbres de los barrios, como poner una mesa en la calle para las fiestas. Hay que reculturizar porque había un individualismo terrible, la microcomunidad que vive aquí tiene que recuperar otros valores".

Pero la convivencia ciudadana no siempre logra aunar voluntades. Hace escasas semanas, unas doscientas almas afincadas en San Telmo, con representación de 15 centros vecinales, acudieron a la convocatoria realizada por el Consejo de la Zona Uno para debatir en torno de un proyecto de remodelación y mejoras. Los cuarenta oradores que se turnaron ante el micrófono no consiguieron sacar de la confusión al personal que, en ciertos casos, hizo gala de un maximalismo pertinaz sugiriendo "derogar todo y no sancionar nada", mientras que en otros se recostó en el reduccionismo histórico para recordar que "en San Telmo nació el país porque estaba el puerto. No podemos decidir su futuro sólo los porteños, debe hacerlo la Nación".

uno por uno, los barrios

PALERMO

Tuvo un fundador histórico, meramente histórico, agrega Jorge Luis Borges en *Palermo de Buenos Aires (Evaristo* **Carriego**, 1930), "un siciliano Domínguez (Doménico) de Palermo de Italia, que añadió el nombre de su patria a su nombre, quizá para mantener algún apelativo no hispanizable"; proveedor de carne de la ciudad desde 1605 hasta 1614, no dejó de la hacienda más que el recuerdo de cierta *mula tordilla que andaba por la chácara de Palermo*, límite conocido de Buenos Aires.

Tuvo luego otro padre, uno mitológico, que hizo llegar la cantidad de tierra negra necesaria para volver edificable un terreno desapacible y así —sigue Borges— "hacia el cuarenta, Palermo ascendió a cabeza mandona de la República, corte del dictador y palabra de maldición para los unitarios. No relato su historia para no deslucir lo demás. Básteme enumerar *esa casa grande blanqueada llamada su Palacio* (Hudson, *Far Away and Long Ago*, página 108) y los naranjales y la pileta de paredes de ladrillo) y baranda de fierro". La quinta de Juan Manuel de Rosas se encontraba donde hoy se cruza la Avenida del Libertador con la avenida Sarmiento, dato que el brigadier hace poco repatriado afortunadamente no llegó a conocer, ya que a más de apasionado adversario político Domingo Faustino Sarmiento hizo todo lo que pudo por quitarle a Palermo cualquier recuerdo de Rosas.

Pero esas fundaciones individuales no fueron para Borges más que la espera del Palermo "de víspera del noventa, en que los Carriego compraron casa". Honduras 3784 eran sus señas y aún existe, con todo y patio, entre los bares de Palermo Viejo, el primer fragmento del barrio unido al centro por el tranvía de la calle Godoy Cruz, el 64, que nunca tomaba el poeta Evaristo Carriego, quien prefería el Lacroze.

Era el Palermo del que Borges quería escribir y del que tal vez no quede mucho más que esas palabras. "Hay jardín ahogado de barrio, de esos con palmeras enloquecidas entre material y entre fierros, que es la reliquia degenerada y mutilada de una gran quinta", se lee y no se ve; del Maldonado, además del nombre y la confirmación cuando se inunda Juan B. Justo, resta "algún clisé apocado que no facilitará lo esencial, la impresión de espacio y una equivocada otra vida en la imaginación de quienes no lo vivieron".

Permanecen, en cambio, otras marcas del mismo momento pero discrepantes: el Predio de Exposiciones de la Sociedad Rural Argentina inaugurado en 1886, el Jardín Zoológico de 1889, el Jardín Botánico de 1898. Más allá de la Plaza Italia y su feria de libros usados se suman otras cuotas, tan disímiles, del barrio, como el Jardín Japonés, El Rosedal, el Planetario, el Hipódromo, el Aeroparque. Hay además un Palermo Chico entre Libertador, Cavia, Tagle y Juan Tedín, donde la cuadrícula-nuevo-mundo de las calles fue abolida para imaginar un centro viejo, donde los "escombros del principio, esquinas de agresión o de soledad, hombres furtivos que se llaman silbando y que se dispersan de golpe en la noche lateral de los callejones" son, nada más aunque indudablemente, literatura.



Opinión

Por Adriana Schettini

Tirá a mamá del shopping

Dios los cría y el shopping los amontona. Adoradores del consumo, entran en los gigantescos templos modernos dispuestos a rendirle culto al Cartier que les promete horas prestigiosas; a la primera computadora que les asegure el pasaporte a la era tecnológica; el exquisito First que las haga aparecer con la resbaladiza pátina de la distinción a simple olfato; a la modernísima camisa Pierre Cardin capaz de transformar a un vulgar oficinista en carrera ascendente en el más codiciado de los yuppies.

El sueño de una existencia de aviso publicitario no necesita ningún atributo que no puedan encontrar en los 22.500 metros cuadrados del Patio Bullrich o en los 65.000 del Alto Palermo. Y si los fines de semana el sueño amenaza con convertirse en pesadilla, están dispuestos a descender al séptimo infierno si es preciso con tal de llegar al paraíso del consumo urbano. Ejercitan una paciencia que dejaría boquiabierto al más pintado de los orientales con el único objetivo de salir sanos y salvos del enjambre de autos que pretende dificultarles el acceso al shopping. Con la decisión en los codos, se abren paso en el hervidero de humanidades que deambulan como roedores confundidos en el laberinto de neón y escaleras mecánicas. Cargan paquetes y arrastran niños de pies cansados y caprichos atrincherados en las vidrieras. Caminan atontados, mirando con desprecio las nucas de los que se interponen entre ellos y los altares de vidrio. Los asalta el deseo de serrucharle los tobillos a la anatomía de dos metros que se para delante de ellos y no los deja ver el último libro de Baudrillard que jamás pensaron leer. Estallan de ganas de depilarle la cabeza pelo por pelo a la jovencita punk poseedora del mechón erecto que les dificulta la visión de la campera de cuero que jamás podrán comprar.

Saben que allí el denominador común es la elegancia y aupados en un ensayado savoir-faire consiguen estar a la altura de las circunstancias. Se trata de no desentonar con la coquetería que fluye en todos los locales. Sus dueños saben que en esa convivencia de biblias y calefones el secreto está en dotar de la misma sensualidad a un corpiño de encaje que a una botella de detergente. En ofrecer con idéntica delicadeza un Rolex y una hamburguesa con papas fritas. En poner el último film de Martin Scorsese a la altura de una sofisticada procesadora de alimentos. Peregrinos del confort, santificadores de marcas, husmean todos los rincones, supervisan todas las calidades. Miembros de la clase media con bolsillos alicaídos, mascullan su impotencia, la ñata contra el vidrio. Lejos de rendirse, cuando las fuerzas los abandonan, sucumben frente a un plato de spaghetti pero eso sí, allí, en pleno corazón del shopping. Y se sienten peatones de la Quinta Avenida. Que si alguno ingresa al primer mundo a 150 kilómetros por hora, montado en su Ferrari, ellos lo harán paso a paso, aunque el comienzo de la ruta tenga gusto a fideos con pesto.




Fernando Dvoskin

Quinientas mil personas por día cruzan el nudo de Liniers, potenciales consumidores.

45.000 metros cuadrados. Interterra, empresa que con la Cooperativa El Hogar Obrero encaró la refuncionalización del edificio hace dos años, no se asustó entonces por la recesión: el desarrollista urbano Jorge Bernstein señaló que "no hay que confundir gordura con hinchazón, porque en manifestaciones comerciales estamos un poco retrasados y una ciudad como Buenos Aires necesita de estos monstruos". No parecen pensar en recoger esas palabras porque en marzo próximo van a inaugurar un anexo de ocho mil metros cuadrados que se conectará sobre la calle Matheu con un puente peatonal.

Otro mercado, el de Frutos y Hortalizas, se convirtió en el Plaza Liniers Shopping Center, y si la empresa Otto Garde eligió el oeste para invertir quince millones de dólares fue por considerar que, "por definición, un centro de consumo es popular, y por esta zona transita diariamente medio millón de personas", en palabras del director Eduardo Meilij. "Nuestra idea era hacer un shopping para todos: aquí se puede conseguir una remera por cuarenta mil australes o comer una parrillada por veinte mil, porque las casi noventa empresas que alquilaron los ciento veinte locales son a su vez productores que llegan directamente al consumidor, lo que permite ventajas en los precios sin pérdida de calidad." Inaugurado a fines de noviembre pasado, el centro acomodó en los veinte mil metros cuadrados de sus tres niveles a más de un millón de personas durante diciembre, "un mes atípico —se apresura a aclarar el encargado del área comercial, Mario Brandy— por la apertura y por las fiestas".

Estimaciones de público notables aunque aún por asentarse comparte Alto Palermo, que en la última quincena de octubre —excepcional por inauguración y Día de la Madre— visitaron más de un millón de personas, de las que consumieron 230.000; en noviembre, 1.700.000 paseantes incluidos 400.000 compradores que ascendieron a 2.500.000 y casi 700.000, respectivamente, en diciembre. "Apuntamos a dos tipos de público —distingue la gerente comercial Alicia Moszkowski—: los que están acostumbrados a los negocios más exclusivos y los que prefieren los comercios destinados a la clase media, en todos sus niveles". Eso se refleja también en los accesos a Alto Palermo, que pueden ser en auto —posee mil cocheras—, por la línea D de subterráneos, que tiene una conexión directa al shopping o a través de Arenales, especialmente abierta entre Coronel Díaz y Bulnes, por su propio pie. "Nos gustaría que en pocos meses el shopping se convierta en un hito de la ciudad", agrega Moszkowski, que sintetiza la aspiración de estos complejos: "Se trata de algo que va mucho más allá del consumo. Es un punto de referencia de la ciudad".

uno por uno, los barrios

PALERMO

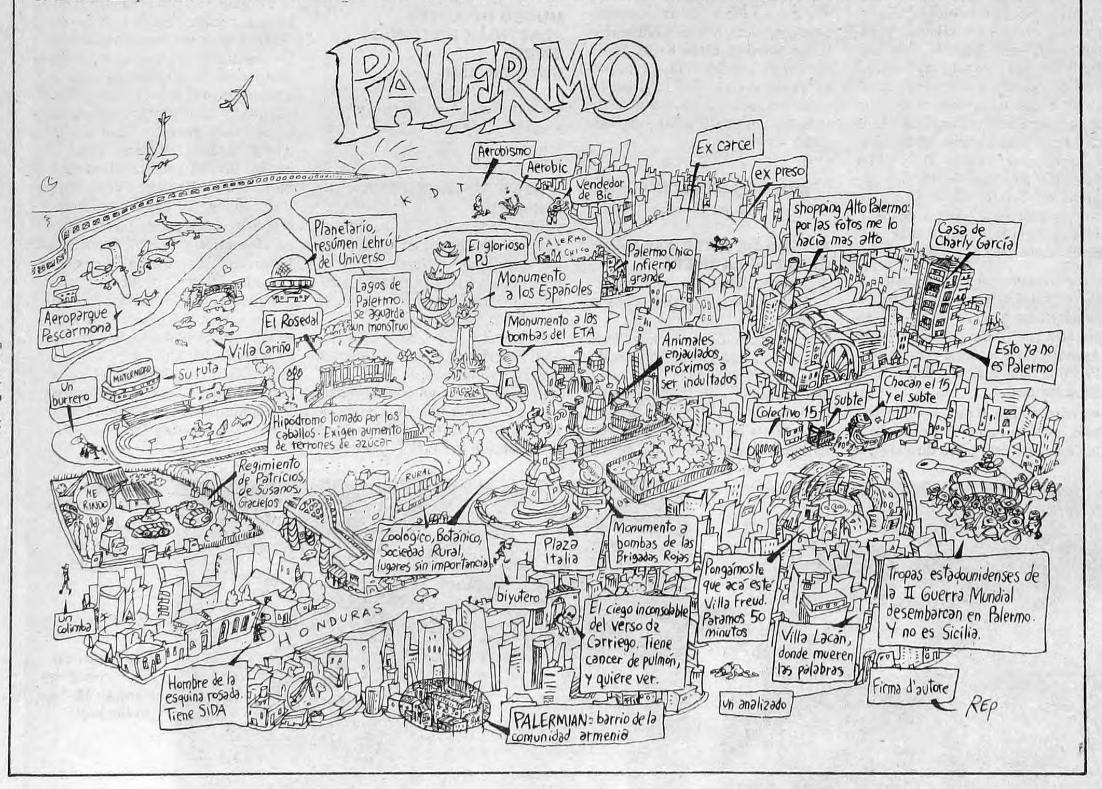
Tuvo un fundador histórico, meramente histórico, agrega Jorge Luis Borges en *Palermo de Buenos Aires (Evaristo Carriego,* 1930), "un siciliano Dominguez (Doménico) de Palermo de Italia, que añadió el nombre de su patria a su nombre, quizá para mantener algún apelativo no hispanizable"; proveedor de carne de la ciudad desde 1605 hasta 1614, no dejó de la hacienda más que el recuerdo de cierta *mula tordilla que andaba por la chácara de Palermo,* límite conocido de Buenos Aires.

Tuvo luego otro padre, uno mitológico, que hizo llegar la cantidad de tierra negra necesaria para volver edificable un terreno desapacible y así —sigue Borges— "hacia el cuarenta, Palermo ascendió a cabeza mandona de la República, corte del dictador y palabra de maldición para los unitarios. No relato su historia para no deslucir lo demás. Básteme enumerar *esa casa grande blanqueada llamada su Palacio* (Hudson, *Far Away and Long Ago,* página 108) y los naranjales y la pileta de paredes de ladrillo) y baranda de fierro". La quinta de Juan Manuel de Rosas se encontraba donde hoy se cruza la Avenida del Libertador con la avenida Sarmiento, dato que el brigadier hace poco repatriado afortunadamente no llegó a conocer, ya que a más de apasionado adversario político Domingo Faustino Sarmiento hizo todo lo que pudo por quitarle a Palermo cualquier recuerdo de Rosas.

Pero esas fundaciones individuales no fueron para Borges más que la espera del Palermo "de víspera del noventa, en que los Carriego compraron casa". Honduras 3784 eran sus señas y aún existe, con todo y patio, entre los bares de Palermo Viejo, el primer fragmento del barrio unido al centro por el tranvía de la calle Godoy Cruz, el 64, que nunca tomaba el poeta Evaristo Carriego, quien prefería el Lacroze.

Era el Palermo del que Borges quería escribir y del que tal vez no quede mucho más que esas palabras. "Hay jardín ahogado de barrio, de esos con palmeras enloquecidas entre material y entre fierros, que es la reliquia degenerada y mutilada de una gran quinta", se lee y no se ve; del Maldonado, además del nombre y la confirmación cuando se inunda Juan B. Justo, resta "algún clisé apocado que no facilitará lo esencial, la impresión de espacio y una equivocada otra vida en la imaginación de quienes no lo vivieron".

Permanecen, en cambio, otras marcas del mismo momento pero discrepantes: el Predio de Exposiciones de la Sociedad Rural Argentina inaugurado en 1886, el Jardín Zoológico de 1889, el Jardín Botánico de 1898. Más allá de la Plaza Italia y su feria de libros usados se suman otras cuotas, tan disímiles, del barrio, como el Jardín Japonés, El Rosedal, el Planetario, el Hipódromo, el Aeroparque. Hay además un Palermo Chico entre Libertador, Cavia, Tagle y Juan Tedín, donde la cuadrícula-nuevo-mundo de las calles fue abolida para imaginar un centro viejo, donde los "escombros del principio, esquinas de agresión o de soledad, hombres furtivos que se llaman silbando y que se dispersan de golpe en la noche lateral de los callejones" son, nada más aunque indudablemente, literatura.



Fernando Dvoskin

Opinión

Por Adriana Schettini

Tirá a mamá del shopping

Dios los cría y el shopping los amontona. Adoradores del consumo, entran en los gigantescos templos modernos dispuestos a rendirle culto al Cartier que les promete horas prestigiosas; a la primera computadora que les asegure el pasaporte a la era tecnológica; el exquisito First que las haga aparecer con la resbaladiza pátina de la distinción a simple olfato; a la modernísima camisa Pierre Cardin capaz de transformar a un vulgar oficinista en carrera ascendente en el más codiciado de los yuppies.

El sueño de una existencia de aviso publicitario no necesita ningún atributo que no puedan encontrar en los 22.500 metros cuadrados del Patio Bullrich o en los 65.000 del Alto Palermo. Y si los fines de semana el sueño amenaza con convertirse en pesadilla, están dispuestos a descender al séptimo infierno si es preciso con tal de llegar al paraíso del consumo urbano. Ejercitan una paciencia que dejaría boquiabierto al más pintado de los orientales con el único objetivo de salir sanos y salvos del enjambre de autos que pretende dificultarles el acceso al shopping. Con la decisión en los codos, se abren paso en el hervidero de humanidades que deambulan como roedores confundidos en el laberinto de neón y escaleras mecánicas. Cargan paquetes y arrastran niños de pies cansados y caprichos atrincherados en las vidrieras. Caminan atontados, mirando con desprecio las nucas de los que se interponen entre ellos y los altares de vidrio. Los asalta el deseo de serrucharle los tobillos a la anatomía de dos metros que se para delante de ellos y no los deja ver el último libro de Baudrillard que jamás pensaron leer. Estallan de ganas de depilarle la cabeza pelo por pelo a la jovencita punk poseedora del mechón erecto que les dificulta la visión de la campera de cuero que jamás podrán comprar.

Saben que allí el denominador común es la elegancia y aupados en un ensayado savoir-faire consiguen estar a la altura de las circunstancias. Se trata de no desentonar con la coquetería que fluye en todos los locales. Sus dueños saben que en esa convivencia de biblias y calefones el secreto está en dotar de la misma sensualidad a un corpiño de encaje que a una botella de detergente. En ofrecer con idéntica delicadeza un Rolex y una hamburguesa con papas fritas. En poner el último film de Martin Scorsese a la altura de una sofisticada procesadora de alimentos. Peregrinos del confort, santificadores de marcas, husmean todos los rincones, supervisan todas las calidades. Miembros de la clase media con bolsillos alicaídos, mascullan su impotencia, la ñata contra el vidrio. Lejos de rendirse, cuando las fuerzas los abandonan, sucumben frente a un plato de spaghetti pero eso sí, allí, en pleno corazón del shopping. Y se sienten peatones de la Quinta Avenida. Que si alguno ingresa al primer mundo a 150 kilómetros por hora, montado en su Ferrari, ellos lo harán paso a paso, aunque el comienzo de la ruta tenga gusto a fideos con pesto.

PASEN Y VEAN

CENTRO CULTURAL RECOLETA
Junín 1930
(entrada libre)

MUESTRAS Y EXPOSICIONES

(Martes a viernes de 15 a 20; sábados, domingos y feriados, de 10 a 20.)
• *Salón Nacional del Arte Textil*, organizado por las Salas Nacionales de Exposición y el Centro Argentino de Arte Textil. Tapices, Salas 15, 15 bis, 17 y 17 bis, hasta el martes 15.
• *Cinco años de Fotoespacio*. Fotografías, Sala 1, hasta el jueves 31.
• *Agudizando el Ingenuo*. Acrílicos sobre tela de Alejandro Costas, Sala 3, hasta el jueves 31.
• *Pares*. Grabados de Alejandra Irrazábal, Sala 5, hasta el jueves 31.
• *Humor gráfico*. Espacio-historieta y cartelera ecológica, Sala 2, hasta el jueves 31.
• *Primera muestra colectiva de vitrales*. En la escalera del Patio de la Fuente, hasta el jueves 31.
• *Type Director Club*, de la Asociación de Diseñadores Gráficos. En el Espacio Diseño, hasta el jueves 31.
• *Un hombre*. Dibujos en tinta y técnica mixta de Diana Lisman, Sala 1, hasta el jueves 31.
• *Dreams*, de Jorge Peralta Urquiza, Sala 12 bis, hasta el jueves 31.
• *Imagen*, de Claudio Andreotti, pasillo del Museo Sívori, hasta el jueves 31.
• *Arte Subterráneo*. Con la organización de Subterráneos de Buenos Aires S.E., durante el mes de enero y a la vista del público varios artistas plásticos realizarán treinta murales cerámicos. En Salas 11, 13 y 14, hasta el jueves 31.

CICLO DE TEATRO, SALON AUDITORIO

• *Algunos episodios de la vida de Bartleby, un escribiente*. Adaptación teatral del cuento *Bartleby* de Herman Melville, realizada por Walter Rosenzwit, quien también dirige la obra. Con la interpretación de Alejandro Tuntanian, música original de Sergio Santángelo y Alejandro Distéfano, escenografía, vestuario e iluminación de Jorge Ferro. Todos los sábados de enero a las 21.

CICLO DE CINE AL AIRE LIBRE, SALON AUDITORIO

• *Todo legal (Repo man)*, de Alex Cox. Viernes 11 y sábado 12 a las 22.
• Los siguientes viernes 18 y sábado 19, también a las 22, se proyectará *Servicios personales*, de Terry Jones.

CENTRO CULTURAL GENERAL SAN MARTIN
Sarmiento 1551
(entrada libre)

TEATRO

• *Armando grotescos*, recopilación de textos de Armando Discépolo. Fragmentos de *Levántate y anda, Mateo* y *El Relojero*, entre otros, escogidos por Carlos Zárate y Reinaldo Cortes, a la vez actores y directores de la pieza. Música original de Alcides Simeone, quien interpreta en guitarra acompañado por Juan Pugliano en teclados. Todos los sábados de enero en el patio cubierto, a las 21.30; todos los jueves de enero en la Sala Juan Bautista Alberdi, sexto piso, a las 21.
• *El diario de un violín*, versión libre del *Diario de un loco*, de Nikolai Gogol, realizada por Manuel Maccarini, también a cargo de la dirección. Con la actuación de Marcelo de Souza. Miércoles 16, 23 y 30 de enero a las 21, en la Sala Juan Bautista Alberdi, sexto piso.
• *Arriba, hermano*, de Omar Aita. El Grupo Pepe Biondi interpreta este drama, con dirección de Ricardo Miguelez. Auspiciado por la Asociación Argentina de Actores, los domingos 13, 20 y 27 de enero a las 21, en la Sala Juan Bautista Alberdi, sexto piso.
• *Las paredes*, de Griselda Gambaro. Con la dirección de Alejandro Pol y la interpretación de Alan Temiño, Mario Moscoso y Ricardo Joy. Todos los lunes de enero a las 19, en la Sala Juan Bautista Alberdi, sexto piso.

TEATRO INFANTIL

• *Un circo para imaginar*, de Beatriz Iacoviello. El Grupo Pepe Biondi en la interpretación, dirigido por Ricardo Miguelez. Con música de Gladys Huertos. Todos los sábados y domingos de enero a las 19, en la Sala Juan Bautista Alberdi, sexto piso.
• *Flori, Ataúlfo y el dragón*. Basado en el cuento de Ema Wolf, con la interpretación de Lisa Trejo, Luis Godoy y Pablo Varone. Adaptación y dirección de Susana Molina. La obra, que participó de la Fiesta Nacional del Teatro '90, se ofrece todos los miércoles y jueves de enero a las 19, en la Sala Juan Bautista Alberdi, sexto piso.
• *Las aventuras del espantapájaros Beto*. Con el auspicio del Fondo Nacional de las Artes, dirigido e interpretado por Diana Valiela y Pablo Asensio. Los viernes de enero a las 19, en la Sala Juan Bautista Alberdi, sexto piso.
• *Trotando por el tiempo*. Interpretada por Ana Laura Estrin y Gabriela González, esta pieza dirigida por Alejandro Pol acaba de cumplir su segundo año de representaciones. Los lunes de enero a las 19, en la Sala Juan Bautista Alberdi, sexto piso.
• *Platero y yo*. Unipersonal de Carlos Piñeiro, en su versión para adolescentes del texto de Juan Ramón Jiménez. Auspiciado por la embajada de España, todos los martes de enero a las 19, en la Sala Juan Bautista Alberdi, sexto piso.

MUSICA

• *Festival nuestras músicas*. Con Juan Falú, Eduardo Ocaranza, los grupos Tucumán Cuatro y Mendoza, entre otros. Bajo la coordinación de Susana Kummel, el martes 15 a las 19.30 en la Plazoleta de Sarmiento y Paraná.

DANZA

• *Ciclo de danza contemporánea*. El grupo Aleph Danza, con la dirección de Lola Brikman, hará un homenaje al pueblo bahiano y al negro spiritual. Con música de Djalma Correa y Opus Cuatro, vestuario y maquillaje de Alexander Schachter, iluminación de Marcela Martire, coreografías de Lola Brikman, coordinación general de Aurelia Chilleni e interpretación de Elena Kruk, Malvina Straga, Sandra Galimberti, Mara Barreto y Gabriela Licciardi. Todos los sábados de enero a las 21, en la Sala Juan Bautista Alberdi, sexto piso.

MUSEOS MUNICIPALES
(entrada libre)

MUSEO DE ARTE ESPAÑOL ENRIQUE LARRETA
Juamento 2291
• En refacción, pero habilitados los jardines.
• Teatro para niños: *Pirulín Pirulero*, de Santiago Doria, los sábados y domingos a las 18, y *Dale que te canto*, también de Santiago Doria, los sábados y domingos a las 19.
• *Los de la legua*, musical de Pepe Cibrián, Angel Mahler y Martín Bianchedi. Adaptación y dirección de Pepe Cibrián. Jueves y viernes a las 21.30; sábados a las 22 y domingos a las 21.15. Durante el mes de enero en el Patio del Ombú, Vuelta de Obligado 2155, con una entrada de treinta mil australes.

MUSEO DE ARTE HISPANOAMERICANO ISAAC FERNANDEZ BLANCO
Suipacha 1422
• Exposición permanente, martes a domingos de 13 a 20.
• Visitas guiadas, sábados y domingos a las 17.
• Muestras: *Los maravillosos marfiles* (marfiles de Filipinas y Goa), *Donación González Garaño* (porcelanas, muebles, esculturas y pinturas del período colonial), *Arte lusobrasileño*.

MUSEO DE ARTE MODERNO
Corrientes 1530
• *Suma por Vincent*, homenaje de plásticos argentinos a Vincent Van Gogh. Lunes a domingos de 10 a 20.
• Visita guiada por la sede de San Juan 350, sábados y domingos a las 17.

MUSEO DE ARTES PLASTICAS EDUARDO SIVORI
Corrientes 1530

• Exposición permanente, de lunes a viernes de 16 a 20 y sábados de 10 a 12 y de 16 a 20.

MUSEO DE LA CIUDAD
Alsina 612
• *Cómo, con qué y dónde comían y bebían los porteños*, de lunes a viernes entre las 13 y las 19.
• Feria de la Plaza Dorrego, los domingos desde las 10 hasta las 17, en Humberto I y Defensa.
• Feria de las Artes, en la Plazoleta San Francisco, Alsina y Defensa, viernes y domingos de 12 a 17.
• Próximamente, un concurso para chicos de uno a tres años, como lo solía hacer la revista *Caras y Caretas: Elección del P.B.T. porteño*.

MUSEO DE CINE
Sarmiento 1573
• *Así se vestían las estrellas*, vestuario de las grandes figuras del cine nacional, y *La mecánica olvidada*, cámaras, filmadoras y proyectores. En el Spinetto Shopping Center, Moreno, Pichincha, Alsina y Matheu, desde el 15 de enero.

MUSEO DE MOTIVOS ARGENTINOS JOSE HERNANDEZ
Avenida del Libertador 2373
• Exposición permanente. Lunes a viernes de 8 a 19, sábados y domingos de 15 a 19.
• *Chau Buenos Aires*, acuarelas de Ernesto Gila, en el mismo horario.
• Muestra permanente del Centro de Promoción Artesanal, en el mismo horario.

MUSEO HISTORICO DE LA CIUDAD, BRIGADIER GENERAL CORNELIO SAAVEDRA
Larralde 6309
• Exposición permanente, martes a viernes de 14 a 18, sábados y domingos de 10 a 18.

MUSEO PERLOTTI
Pujol 642
• Exposición permanente de la obra de Perlotti, martes a sábados de 16 a 20.

PARQUE CENTENARIO
Avenidas Angel Gallardo y Warnes

• Música en el Anfiteatro: el sábado 12 a las 21 se presentará Silvia Iriondo con su repertorio de fusión y el domingo 13, también a las 21, hará lo propio La Sonora del Plata.

MANZANA DE LAS LUCES
Perú 272

• Tramo de túneles coloniales, Antigua Sala de Representantes, Circuito jesuítico: el claustro del antiguo colegio, iglesia de San Ignacio. Sábados a las 18.30 y domingos a las 19.30, visitas guiadas con entrada paga.
• Túneles jesuíticos, visita guiada. Sábados a las 20.30 y domingos a las 19.30, desde Perú 294.

VARIETE
(entrada libre)

• *Babilonia gana la calle*, en el Abasto y organizado por el Centro Babilonia y la Subsecretaría de la Juventud metropolitana, con el auspicio de la Subsecretaría de Cultura de la Nación, se ofrecerá todos los fines de semana estivales música, teatro, danza, cine, plástica y otras expresiones. La cita es en Guardia Vieja al 3300 a partir de las 22.30, este viernes 11 con los Bersuit Vergarabat, el sábado 12 con la Mississippi Blues Band y el domingo 13 con Luis Borda.
• Todos los viernes de enero, teatro en el auditorio Bululú, Rivadavia 1350: *Hijos de...* a las 21, *Los Ganzúa* a las 22.30 y *Los hits de Cutuli y Blanco* a las 0.30. En la misma sala, los sábados se ofrece *Poca cosa* a las 22, *Haciéndose la del monólogo* a las 23.30, *Muchas pelucas para un solo calvo* a las 0.30 y *TV control remoto TV* a la 1.30. También los domingos en este auditorio se presenta la muestra *Teatrazo '91*, a las 22.



En pijama y en la calle, los Bersuit Vergarabat.

"Babilonia gana la calle", todos los fines de semana estivales.



"Algunos episodios de la vida de Bartleby, un escribiente."

La adaptación de un cuento de Herman Melville, en Recoleta.